

“MANTENEOS ALEGRES EN LA ESPERANZA” (Rm 12, 12)

1.- Introducción: agradecimiento

- por ser una oportunidad de *manifestar mi gratitud* y aprecio a un colectivo al que considero clave para el futuro del cristianismo en nuestra sociedad actual;

- por el *tema*: en nuestra cultura actual, la esperanza es una urgencia, no solo para la vida cristiana sino para la pervivencia de la humanidad;

- porque estoy convencido de que los *monasterios* hoy pueden ser, desde su carisma propio, posibilidad de esperanza alegre para las personas que acuden a su puerta y para la iglesia en general.

2.- Planteamiento y delimitación del tema

a) Punto de partida: la referencia bíblica.

El cap. 12 de la carta a los Romanos expone con detalle las consecuencias que tiene para la existencia la intervención liberadora de Dios en Jesucristo. Se trata de una síntesis muy bien lograda del estilo de vida cristiano. Y, en este contexto, afirma que la **esperanza es raíz de la alegría**.

Si por **alegría** entendemos la conciencia del **sentido** de nuestra vida y, por tanto, es la epifanía de la **felicidad cristiana**, para Pablo, el secreto de este **sentido** y, por tanto, de la **felicidad** que nace de la buena nueva, hay que situarlo en la **esperanza**.

b) La esperanza en la tradición católica

Por otra, parte, en **nuestra tradición católica**, la **esperanza** se define como una de las **tres virtudes teologales**. Es decir: **una de las tres energías que sostienen/estructuran el modo de ser en el mundo específicamente cristiano**, cuyo origen se halla en la Trinidad. Regalo del Dios Amor, vivencia de la filiación y aportación original al mundo para la transformación de la sociedad en Reino del ABBA.

c) El método teológico a la hora de hablar de la esperanza.

Si toda buena teología debe **partir siempre de la realidad** para descubrir la huella del Dios y Padre de Jesucristo, **nuestro hoy se halla determinado por la palabra crisis**. Crisis de valores, crisis de cultura, crisis del momento histórico en gestación, crisis del futuro que se presenta como algo indisponible y preñado de retos, desafíos, preguntas ante los cuales no sabemos muy bien cómo reaccionar.

Si añadimos que también se da **un frente abierto en el seno de nuestra Iglesia**, que padece esta crisis como el resto de las sociedades en que vive, podremos entender sin demasiado esfuerzo que **uno de los temas**

de nuestro tiempo es la esperanza: como dicen los pensadores y analistas de nuestro presente, el optimismo hoy es de mal gusto.

En nuestra **cultura dominante**, no hay razón para esperar algo más allá de lo que aportan la ciencia y la técnica. Y esto cada vez se manifiesta más problemático y más peligroso, porque conocemos las causas de esta situación: la construcción de una aldea global al servicio del Tener, del Poder y del Prestigio como absolutos.

d) Una conclusión que nos sirve de punto de partida.

De cuanto acabamos de decir, sacamos un primera **conclusión**, que servirá de **punto de partida** para la reflexión que nos proponemos: **la esperanza, hoy, es una asignatura pendiente en el universo cultural del primer mundo.** Hablar de la esperanza en perspectiva cristiana, supone necesariamente plantear **tres grandes cuestiones:**

- Qué **experiencia** transmite el término esperanza; que **contenido de realidad** vehicula esta categoría, no exclusivamente religiosa sino también estructuralmente humana.
- Cuál es su **contenido cristiano**; qué relación tiene con la buena nueva de Jesús, muerto y resucitado, Dios con nosotros, Amor sin límites en el tiempo y el espacio.
- Como puede **la vida monástica** ser fermento y mediación de esperanza en el mundo y en la iglesia actuales.

3.- Qué experiencia expresa la categoría esperanza

a) El testimonio de algunos autores contemporáneos

“Esperanza, escribió el P. Miquel Estradé, *es que alguien te diga te amo*”.

“*Cuando vengas a verme, por favor, no lo hagas de improviso. Avísame con tiempo. Pues mientras te estoy esperando, es como si estuvieras ya presente. Es como si ya estuvieras conmigo*” (Saint Exupéry, “El pequeño príncipe”).

“*El Principio Esperanza es el dinamismo que permite una historia humana*”. (E. Bloch).

“*Todo pueden soportarlo los hombres menos que les roben la esperanza*” (Sartre).

“*La esperanza es la gran traición contra las víctimas, la gran ofensa. Porque mientras se mantiene la esperanza, se retrasa la lucha contra los verdugos. Y solo la lucha puede salvar a las víctimas*” (Primo Levi).

La referencia a la literatura de la esperanza del siglo XX, breve, pero representativa, nos permite establecer las **coordenadas** de nuestra reflexión.

Primero: la esperanza mantiene una relación directa con el amor (Estradé).

Segundo: supone una conexión estructural con el futuro (Saint Exupéry)

Tercero: es un elemento definitorio de la existencia específicamente humana (Sartre).

Cuarto: representa un momento esencial de la estructura del ser (Bloch).

Y por último, su posible imposibilidad en la vida real (Levi).

b) Nuestra definición de esperanza

A partir de ahí, aventuraré una **primera definición de esperanza**, que me propongo justificar en el curso de esta reflexión.

Entiendo por **esperanza la conciencia tozuda y razonable de que lo imposible será real**.

Conciencia, porque es el resultado de la **lectura de la realidad** (experiencia) efectuada por la persona según un determinado horizonte de sentido.

Esto último (un determinado horizonte de sentido) es lo que le confiere **racionalidad** y, por tanto, la distingue de la mera **ilusión** (todo terminará bien, ya lo verás, sin mí y sin ti), del **optimismo** (que confunde realidad con deseo), del **pasotismo presentista** (que renuncia a la acción transformadora) y del **fundamentalismo seudoespiritualista** (que espera la solución de los problemas solo desde el cielo, sin mí, para mí, como castigo de los demás que no piensan como yo).

Tozuda, porque la **esperanza** es una “*virtud*”, algo que tiene su origen en la **voluntad**, no en el sentimiento o en la sensibilidad, o en el universo de los afectos. Se identifica con la fuerza y el valor de trascender los datos empíricos que nos aporta la vida, tan a menudo duros, incomprensibles, por no decir absurdos. Tiende a la acción, no a quedarse en la abstracción mental.

c) Fundamentación de la esperanza en la estructura de la personalidad humana.

De hecho, la **esperanza**, a este nivel, consiste en incorporar al análisis de la realidad un elemento intangible, más allá de la experiencia misma, que mora en el corazón y que, precriticamente, permanece contra toda evidencia: la certeza de que la vida es más fuerte que la muerte.

Nos hallamos ante la dimensión más específicamente humana de este misterio al que llamamos persona humana. Una piedra, pues, con el deseo de totalidad e infinito sembrado en su más profundo centro, ya no es una piedra; es una persona.

Pero, dado que esta posibilidad constantemente viene negada por la historia, la **esperanza** forma parte de aquellas virtualidades específicamente humanas a las que **solo la libertad y el amor pueden conferir estatuto de realidad**. Al transformar el deseo de totalidad e infinito en actitud ante la vida y no solo como mera ensoñación estéril, huida de la realidad o frustración.

De ahí, que la **esperanza** sea por definición el resultado de una interrelación íntima entre la confianza en la vida y la capacidad de gratuidad.

De ahí, también, su tremenda fragilidad.

Por tanto: la posibilidad tan real y constante de ser negada, preterida, identificada con la ilusión, ridiculizada.

¿Por qué?

Porque la persona humana es una estructura dinámica, abierta, inacabada por naturaleza. Se despliega en el tiempo y en el espacio, y por ende, incorpora el futuro tanto como resulta del pasado. La persona humana es una relación en proceso. Esto hace que nuestra **esencia** no sea algo dado, concluso, estable, sino que se identifique con la **tensión entre el ser y el no ser; entre el ya y el todavía no**. Como diría Nicolás de Cusa, somos **contradicción**: coincidencia constante de opuestos que hay que saber gestionar hasta convertir en crecimiento, desarrollo, oportunidad. Según nos situemos ante esta realidad, interiorizada como límite a una primera observación, se irá configurando nuestro proyecto vital: nuestro ser en el mundo, nuestra felicidad.

La **esperanza** o su negación (ambas, metafísicamente idénticas) son, pues, **energías básicas que nos constituyen como personas**: si nos dejamos controlar por el miedo, si renunciamos al futuro, si nos encerramos en el límite como determinación última, si absolutizamos el límite, no pasaremos de ser cosas entre las cosas. No llegaremos jamás a ser personas y sujetos. Por el contrario, solo si integramos el contenido de la **esperanza**, entendida como certeza, deseo, lucha para que lo imposible (por incontrolable) llegue a ser realidad, entonces poco a poco, pacientemente, pero de modo eficaz, construiremos en el tiempo y en el espacio una humanidad fantástica: seremos el Mozart que llevamos dentro. Ya en lenguaje cristiano, el dios que por creación estamos llamados a ser.

Si tuviéramos tiempo y nos fuera posible analizar las diversas propuestas de sentido o de sinsentido que se ofrecen en el mercado de las ideologías actuales, podríamos constatar que todas tratan de hallar y de ofrecer una respuesta a este reto fundamental de nuestra condición humana. Incluso las que niegan todo contenido real a la **esperanza** y se deciden por la absolutización del presente. Que siempre termina por ser apología tácita del Tener y del Poder. Negar la **esperanza** es una forma grosera de hacer el

juego a quienes controlan la sociedad a base de opresión y violencia. Es, pues, una cautela a tener muy en cuenta a la hora de pensar nuestra propia fe.

d) Conclusión de esta primera aproximación a la esperanza.

Llegamos pues a una **doble constatación**:

- **La esperanza es unas de las notas definitorias de la estructura del ser humano. De cuya realización depende tanto la felicidad personal como la construcción de un mundo y una historia a la medida de la humanidad.**

- **De modo que cuando Jesús habla de *esperanza* no lo hace al margen o por encima o más allá del nivel estrictamente humano. Sino que aporta respuestas eficaces y sólidas a lo que la humanidad entera desde siempre se ha planteado como camino, verdad y vida para llegar a ser sujetos y personas en un mundo de hermanos.**

Este es el **punto de contacto** con la realidad de la reflexión cristiana que nos proponemos.

Y lo que nos permite dar el siguiente paso en nuestra reflexión.

4.- Contenido específicamente cristiano de la esperanza

a) Presupuestos teológicos de nuestra reflexión.

Por el **misterio de la Encarnación**, sabemos que **la salvación que ofrece el Dios Trinidad se inscribe en el seno de nuestra realidad humana.**

Dar respuesta a nuestras necesidades, deseos, anhelos de felicidad y sentido es la ilusión del Dios ABBA. Y su voluntad no es otra que conseguir que el proyecto se convierta en biografía; la estructura en finalidad y la posibilidad en historia. “*Gloria Dei, vivens homo; vita autem hominis, visio Dei*”. La felicidad de Dios –en frase feliz de Ireneo de Lyon– se identifica con la vida en plenitud; la felicidad humana, con el amor a y de Dios.

Para nosotros, pues, y en estricta coherencia con lo que acabamos de decir, buscar el sentido cristiano de cualquier realidad con la que nos encontramos en la vida supone dirigir la mirada a Jesús de Nazaret, Dios-con-nosotros, icono del ABBA, Presencia de la Ausencia eternamente deseada desde el hondón del alma humana.

Por eso, **la pregunta por la esperanza** se convierte en **contemplación de la vida, muerte y resurrección del Señor**. Él es siempre la respuesta.

b) Confrontación con la experiencia de Jesús de Nazaret, Dios-con-nosotros.

Y ello nos lleva directamente a una de las **preguntas cruciales de la cristología**:

¿Cómo es la **esperanza** de Jesús, sobre todo en los momentos decisivos de su vida que, desde la Última Cena, pasan por Getsemaní y desembocan trágicamente en la cruz?

¿Cómo ha podido mantener Jesús de Nazaret su **esperanza** en el seno del horror, del “*crudelissimum teterrimumque supplicium*” que le tocó vivir?

¿De dónde viene su **fidelidad**?

La respuesta es contundente: de su voluntad tozuda de que la última palabra sea del Amor.

Así lo ha vivido durante toda su biografía humana. Que podemos definir como el despliegue en el tiempo y en el espacio del Amor sin límites. Del amor trinitario. Del Amor que la historia está poniendo crudamente, absurdamente en crisis.

Ya hemos dicho que nos encontramos ante una de las **preguntas cruciales de la cristología**. Debemos, pues, ir con cuidado, tanto con el método teológico, como ante el peligro de contaminación ideológica a causa de la larga historia del pensamiento cristiano.

e) La memoria viva del Antiguo Testamento.

Para comprender en toda su radicalidad el contenido de la pregunta que nos planteamos, debemos acercarnos a la **contemplación de la raíz de la esperanza de Jesús**: cómo llegó Jesús a esta experiencia; como pudo vivirla; como pudo mantenerla hasta el final.

Antes del tiempo, en sus palacios del Absoluto, el Dios Trinidad fue forjando una eterna ilusión: encontrar un interlocutor a su medida. A quien amar darse límites. Y de quien recibir el don sin límites de su amor.

Un día, del caos creó el Jardín. El lugar de la vida para la vida. El lugar del don.

Y creó a la persona humana (ADAM) y le propuso una determinada forma de relación con sus semejantes (EVA), relación basada en la gracia del don. El Jardín es el tiempo y el espacio para la gratuidad. Por eso, la historia es transparencia. El esplendor del don coincide con el ser del ser y con la vida de la vida. El mandamiento, (caballo de batalla para la cultura emancipadora actual) pensado para posibilitar el don y la gratuidad, era la

expresión práctica de la preocupación divina para que la libertad fuera libertad: decisión y voluntad de fidelidad al don.

Pero... aparece la Serpiente.

De modo misterioso y nunca explicado, se presenta en el Jardín y consigue fascinar a la sociedad primero y, por su mediación, al individuo después, con una propuesta alternativa a la del Dios Trinidad: sustituir el Don por el Tener y el Poder.

El resultado: **el Jardín convertido en Huerto**. En Mercado. Donde el comprar y el vender y el venderse son los contenidos del proyecto, elevados a categoría de absolutos. La vida se ha hecho caricatura de sí misma. Y como sucede con todas las caricaturas, sigue pareciéndose a la vida. Pero, en realidad, ya no lo es: la muerte es su muerte.

Las consecuencias que la reflexión sapiencial del Libro del Génesis descubre en esta situación nueva, horrorosas, son las que pueblan nuestros telediarios todos los días y las que inficionan nuestras realizaciones humanas desde los orígenes de esta historia: **violencia hasta el fratricidio**: Caín y Abel; **dictadura como forma de poder absoluto**: el diluvio; **uniformidad cultural** al imponerse una única lengua: Babel.

El Dios Creador queda perplejo. Hasta el punto que el Génesis varias veces afirma que se arrepintió de su obra. Especialmente, de haber creado a la humanidad.

De hecho, **al Dios Trinidad se le plantea una dura alternativa** ante la nueva realidad: darlo todo por perdido y dejar que las cosas sigan su curso, desentendiéndose de su creación, tal vez encerrándose con un pequeño grupo de fieles; o recuperar el Jardín.

f) El modo de presencia del Dios Trinidad en la persona y en la historia.

Pienso que aquí nos encontramos ante uno de los momentos decisivos de la historia de Dios con nosotros. Que no siempre ha tenido la atención que merece a la hora de hablar de la actuación divina en la historia.

Veámoslo.

El **Huerto es el Reino del Tener, del Poder y del Prestigio que nace de ambos**. Su mediación es la **Violencia**. Su historia es nuestra historia, desde que ADAM y EVA abandonaron el Jardín. Por tanto, al plantearse el Dios amor sin límites **una nueva creación**, su modo de actuar en la historia y en el corazón de la persona, **debe ser coherente con los valores constitutivos del Jardín**. O lo que es lo mismo, debe ser y no puede ser de otra manera, **acorde con la misma esencia del Dios Amor sin límites**. Es decir: epifanía del don, gratuidad, libertad/fidelidad y amor.

Ahí radica lo que la experiencia contemplativa ha entendido siempre como **el dolor de Dios y su tragedia trinitaria**. Pues ante el Tener y el Poder, ante la Violencia, el camino del amor es siempre frágil. Pienso que esta es una asignatura pendiente de nuestra teología, que tan a menudo se ha dejado a su vez cautivar por la idea del Dios a la medida del Tener y del Poder. Y que demasiadas veces ha hecho también de la violencia su instrumento. Nada extraño, pues en el mundo fascinado por la Serpiente, solo el modo de ser y de actuar de la Serpiente sea eficaz: el Tener y el Poder son sólidos, prácticos e inmediatos.

La experiencia de Israel pone de manifiesto en toda su crudeza esta **forma de ser y actuar del Dios Amor**. Sus éxitos se confunden con la fuerza que obra desde la impotencia (un Dios insólito, difícil de comprender desde la fascinación de la Serpiente, que se enfrenta al poderoso Egipto como un dios del desierto, de la zarza, de los miserables, en contraposición a una cultura milenaria que ha hecho de sus dioses la objetivación del Poder: no por casualidad el faraón lleva en su tiara una serpiente...).

Israel crea el horizonte a partir del cual lo imposible se va haciendo poco a poco, en la paciencia y el dolor, realidad. Es la lección del Mar Rojo, de David y Goliat, de la pervivencia del pueblo en la dura experiencia del destierro, de la tradición de los Profetas, de los Sabios... hasta llegar a **Jesús de Nazaret**, el Amor sin límites entre nosotros, definitivo, absoluto, que misteriosamente realiza la obra del Dios Amor en el tiempo y en el espacio, abriendo una posibilidad inédita para la comprensión, la contemplación y la opción por el Dios Trinidad.

Jesús en la **última cena** revela su secreto a los discípulos que le acompañan: el don sin límites, en la metáfora del pan y del vino derramado, es el camino, la verdad y la vida. Es decir: el don, alma del amor gratuito, es el secreto. Jesús ha sido capaz de vivir desde esta realidad divina. Y por eso el pan se ha multiplicado en sus manos, los enfermos han sido recuperados para la vida, los pobres se han visto reivindicados ante una sociedad que ha hecho de la religión un sistema de opresión al servicio de la Serpiente.

Getsemaní sugiere el momento de la verdad para Jesús. La angustia ante el futuro cerrado definitivamente por la muerte absurda e injusta, la depresión que le atenaza el corazón, la conciencia de fracaso total ante la victoria de la violencia sobre el amor y la ternura, sobre todo: el silencio de su Dios, que parece ceder terreno ante el Dios Fuerte de la Ley y de la Política al servicio del Tener y del Poder, colocan a Jesús ante el drama de la pregunta sin respuesta. Que para nosotros sigue resonando en cada nuevo éxito del Mal, como recordaba Benedicto XVI en Auschwitz. ¿Dónde está

el Dios Amor, que parece haberse retirado ante los golpes asestados por la violencia, el desconsuelo y, en definitiva, el Mal absurdo?

Pero Jesús es Dios. Es decir: es Amor. Sabe que solo el amor es la respuesta. Que solo el Amor sin límites merece ser llamado Dios. Y en el seno de su dolor humano, recupera la palabra silenciosa del Padre. Que debe retirarse para que Jesús pueda ser libre, radicalmente libre. Porque solo cuando no hay razones objetivas para seguir confiando, entonces la libertad es radical, desnuda y verdadera: expresión de la voluntad firme de seguir creyendo que hay un amor más fuerte que la muerte. Y solo la libertad nos hace personas. Entonces la **esperanza se hace abandono y confianza en el futuro de Dios: lo imposible** (que un condenado por el Poder civil y religioso tenga futuro, sea el icono de Dios, fuente del sentido, contenido de la felicidad) **se ha hecho real**. Jesús ha resucitado.

g) De nuevo, la experiencia de Jesús Resucitado.

Nosotros nos preguntábamos: ¿Cómo puede mantener Jesús la **esperanza** en la cruz?

Ahora ya lo sabemos.

Porque el Dios Amor sin límites, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, es Dios y se manifiesta como tal en la medida que hace del dolor y del sinsentido la oportunidad para que la persona permanezca fiel a la experiencia del Jardín. Cuando no hay motivo alguno objetivo para mantener la confianza en el Amor, la libertad es libre. Y actúa como tal libertad. Dios no puede forzar ni imponer ni imponerse, si quiere hacer de Jesús el hombre nuevo, el primer habitante del Jardín definitivo y para siempre que empieza, precisamente en el Gólgota.

Y Jesús muere gritando su confianza: Parece que no estás y no entiendo. Pero eres y serás siempre el Padre. Porque en el momento crucial de la vida, cuando el límite de la muerte hace de la experiencia algo definitivo, decisivo, un camino sin retorno, entonces el Dios Amor ha seguido siendo Dios: la fuerza que saca de la nada el ser y llama a la vida lo que está muerto. Un Dios que ha actuado su omnipotencia sosteniendo con discreción la libertad del hombre Jesús más allá de lo posible.

h) Conclusión: la esperanza cristiana, hoy.

La definición con que empezábamos esta reflexión queda ahora justificada.

Hemos dicho: **esperanza** es conciencia tozuda y razonable de que lo imposible será realidad.

Ya ha quedado claro a qué nos referimos cuando decimos imposible: todo aquello que a los ojos de la Serpiente, del Tener y del Poder, no interesa, no vale, no es viable. Porque no sirve para tener más y acumular

mayor poder. Por eso debe ser rechazado, marginado, despreciado, ridiculizado. Simplemente, ni es ni existe.

También sabemos por qué le interesa tanto a la Serpiente que Dios no exista.

Porque sin el Dios Amor, **no hay transcendencia más allá de los muros del mercado**. No hay ni puede haber **esperanza** más allá del comprar y vender y venderse. Por tanto, el futuro termina en la capacidad de comprar y vender y venderse: aparece la sociedad del consumo absoluto. Donde nada vale sino puede cambiarse por dinero. Y ya se sabe: cuando el dinero entra por un lado, Dios sale discretamente por el otro.

Imposible es, pues, que en el seno de una sociedad fascinada por la Serpiente algunos/as sigan **apostando por el don** como alternativa al Tener y al Poder.

Imposible es que el **límite** se transforme en **oportunidad para la gracia**.

Imposible es que **el mal y la muerte**, omnipresentes, dejen de ser orquestados como la negación de todo sentido más allá del mal y de la muerte. Y alguien **aprenda a mirar al mal y a la muerte desde la vida**. Y no solo se mire la vida desde la muerte. Y **la muerte sea martirio**: cifra, signo, huella de un amor más fuerte que la muerte.

Imposible es la fidelidad en el mundo de la apariencia, del presentismo y del usar y tirar.

Imposible es que exista **un Dios empeñado en descubrir la belleza suprema de la debilidad, frágil, enamorado de los débiles y de los frágiles, omnipotente como es omnipotente el amor sin límites**.

Imposible, en definitiva, es **el amor que no se compra ni se vende**. Y por eso, resulta engorroso, molesto para la sociedad fascinada por la Serpiente: hay que manipularlo, hasta convertirlo en mercancía de cambio.

Todo esto es **lo imposible para el Mercado**. Más aún: el Mercado depende de que todo esto siga siendo imposible. Bien lo sabe la Serpiente. Y por ello reaccionará con inusitada violencia ante el menor intento de vivir de lo imposible. Con todas sus armas. Incluso la religión, puesta al servicio del Mercado. Sobre todo, de la ideología, por medio de la cual posee la mente y el corazón y muestra como verdad lo que es mentira.

Ahora podemos entender también lo **específico de la aportación de la esperanza cristiana a la humanidad**: con los ojos puestos en Jesús lo que la Serpiente considera imposible, es realidad.

Y conocemos el por qué.

Porque ha sido así para Jesús de Nazaret.

Porque ha resucitado: ha sabido permanecer fiel absolutamente a un amor imposible a los ojos del Tener y del Poder.

Porque ha abierto nuestros ojos de tal manera que hemos aprendido a ver las viejas cosas de siempre con los ojos profundos –imposibles- del ABBA.

Porque la estructura de la realidad no es como la pintan el Tener y el Poder, sino como de ella nos ha hablado el Dios Trinidad por medio de su Palabra: don, gratuidad, apertura al rostro del otro.

Porque el futuro imposible es el único futuro humano.

Porque la resistencia de la realidad al don es un momento misterioso de la construcción del Jardín. Pero que el Jardín está ya presente en el corazón de todos y todas quienes hacen del amor la vida de su vida. Y el Jardín vencerá. Porque el Dios Trinidad es el más interesado en que su proyecto no fracase: necesita al interlocutor que ha soñado desde sus palacios del Absoluto, desde la eternidad.

Esta es la razón de nuestra **esperanza**. Y su fundamento.

No nos queda ya más que una última afirmación: **esperanza** es acción. Hija del abandono al Amor, se realiza en el ágape.

Para nosotros cristianos, **fe, esperanza y caridad** son los tres dinamismos que configuran una única y fundamental experiencia: es posible llegar a ser el dios que Dios quiere que seamos. Y los seremos. La **esperanza** es aquello que nos empuja a ser jardineros del Jardín en el desierto del hoy del mundo. Es purificar el aire.

5.- El monasterio, mediación de la esperanza cristiana.

Toda buena teología, ya lo hemos dicho, debe regresar siempre a la realidad. Para contemplarla iluminada con la claridad de la fe. Y descubrir de este modo el futuro de Dios en nuestro tiempo humano.

La realidad, aquí, para todos vosotros y vosotras es la opción monástica.

Y plantear como virir en esperanza este determinado modo de ser en el mundo constituye una de las finalidades de nuestra intervención. El regreso, pues a la realidad, consiste ahora en aplicar a la vida monástica lo que hemos dicho hasta aquí.

Sólo cada uno/a podrá hacerlo de modo eficaz. Y sólo cada comunidad deberá constantemente reexaminar el modo de su esperanza en el aquí y ahora de la cotidianidad.

El peligro sería caer en generalidades que podrán incluso parecer bonitas, pero que, por abstracción, se parecerían más a un buen consejo o a una receta que a otra cosa.

Nos limitaremos, pues, a aportar tres puntos de referencia para posibilitar la reflexión y el diálogo que cada uno/(a y cada comunidad puedan llevar a cabo.

a) Algunos criterios

- Insistir en un aspecto fundamental: el valor imprescindible de la vida monástica para la sociedad y para la Iglesia de hoy.
- La calidad cristiana de una comunidad se manifiesta en su capacidad de crear experiencia del Dios Trinidad. Su criterio de verificación, por tanto, será el grado de esperanza que sepa transmitir a quienes viven en ella, en primer lugar, y consecuentemente, a todos aquellos/as que llamen a su puerta.
- La esperanza no cae del cielo ni es regalo de los dioses. Su fuente está en la experiencia de Dios; su forma concreta para un monje/monja consiste en el celibato/virginidad/pobreza/obediencia/comunidad; su acción se identifica con el trabajo; su mediación, con la contemplación (“ora et labora...”).
- En nuestro hoy es muy necesario “que el árbol no impida ver el bosque”. Quiero decir: aprender a partir de aquello que hay y existe, aunque limitado, para llegar a aquello que todavía no es. Analizar el grado de esperanza que se da en cada miembro de la comunidad. Preguntarse cómo se ha llegado a ella. Buscar las mediaciones eficaces para robustecer la esperanza. Y tener el valor de aceptar que la esperanza exige cambio constante, proceso en libertad, acogida de lo diferente, sobre todo en el seno de la comunidad.

b) La memoria que nos salva

En una cultura como la nuestra, que tiende a menospreciar la tradición, recordar nuestra propia historia de salvación resulta una mediación ineludible para tomar conciencia de la fidelidad del Señor en el tiempo y en la historia.

Por esto, es pertinente preguntarnos, por ejemplo, cuáles son las líneas maestras que han mantenido nuestra religión cristiana (y católica) durante el curso de los siglos.

Incluso si nos situamos en una perspectiva exclusivamente sociológica, el resultado puede resultar interesante y aleccionador.

Debería plantearse a nivel de cada monasterio. En la forma de esta cuestión; qué es lo que ha llamado la atención de esta comunidad a la hora de decidirse a formar parte de ella; qué es lo que mantiene viva la esperanza, la fe y la caridad, de modo que siga siendo mediación de la salvación de Jesucristo.

Recientemente se ha escrito un pequeño ensayo con este título: “¿Por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo?” Su autor es Ch. Marksches, Si a este análisis le añadimos una segunda reflexión, presentada también en algún artículo recientemente escrito, habremos establecido el

horizonte teórico que nos permitirá hilvanar una serie de afirmaciones sólidas sobre el tema que estamos tratando.

Aquello que ha servido para el pasado, que nosotros llamamos **momentos esenciales del cristianismo**, sin duda nos sirve también hoy como referente para nuestros análisis y nuestra acción.

Veámoslos.

- El testimonio de los mártires, de los monjes y de muchos obispos y presbíteros de la antigüedad, que con su estilo de vida y su actitud ante la muerte causaron viva impresión entre sus conciudadanos. De ello hay numerosas referencias en las obras de la antigüedad clásica.
 - La sencillez de los planteamientos doctrinales, versus el intelectualismo imperante, que apartaba a las capas más sencillas de la población (¡también las más necesitadas!) de cualquier posibilidad de adhesión a los cultos y filosofías imperante. Sencillez que no significó jamás falta de profundidad, sino todo lo contrario: capacidad de decir de forma comprensible aquello que constituye el núcleo de la fe, el “credo” sintetizado en la expresión del Nuevo Testamento “*Dios es amor*”.
 - Una ética posible, centrada en la defensa de la vida, del humillado y siempre a favor de los más desheredados de la sociedad, en contraposición con el elitismo a la moda entre los estratos más cultos.
 - La “*diaconía*” de las comunidades.
 - La experiencia del perdón, por medio del sacramento del bautismo y de la penitencia, que posibilitaba una regeneración práctica de la persona.
 - La aportación de un nuevo marco teórico/práctico que posibilitaba una identidad sólida, nueva, compartida en el seno del Imperio en disolución.
 - La conciencia de pertenencia a un colectivo ¡universal, superador de todo particularismo de raza, género, clase social, cultura, etc.

c) Elementos coyunturales

Si cuanto acabamos de decir ¡hace referencia a lo que se percibe como interesante y que “hace pensar si...” ante el fenómeno cristiano, hay que añadir a este análisis un último bloque de realidades coyunturales que viene dadas por la circunstancia de cada tiempo y de cada lugar en el que se vive la fe. Es lo que llamamos retos o desafíos de nuestra situación actual, a los cuales hay que responder con nuestra acción porque son los signos de los tiempos, es decir, las líneas que el Espíritu propone a la Iglesia para la realización eficaz del Reino. Representan la llamada del Dios Trinidad a nuestras comunidades.

A modo de insinuación y solo para que sirvan de ejemplo, me parece que entre nosotros hoy podrían ser los siguientes:

- La cultura ecológica, entendida desde el punto de vista cristiano, como manifestación del valor sagrado de la creación, epifanía de la Encarnación y lugar de la llamada a la gratuidad y la ternura.
- La emancipación de la mujer como elemento histórico especialmente urgente y apto para una comprensión más completa del misterio de Dios.
- La sanación de las personas víctimas de una sociedad cada vez más absurda, insolidaria, opresora, extraña, que manifiesta su auténtica naturaleza en el tipo de persona que crea. Sanación que hay que ofrecer como consecuencia de nuestra experiencia del Amor sin límites y que se realiza en el diálogo, la escucha, el silencio y la oferta de la Palabra de Dios.
- Una renovada experiencia de libertad, interior y exterior, en un momento de retornos, proclive a la confusión. La capacidad crítica, honesta y generosa, que sabe dar importancia a lo nuclear y juzga desde ahí lo secundario es hoy muy necesaria. Se trata de un servicio ineludible a la Iglesia y al resto de la sociedad. Por tanto, valor para llamar a las cosas por su nombre; alentar aquello que está emergiendo, pero que todavía no es; valor para enterrar lo que ya ha muerto; valor para decir en libertad el resultado de la contemplación, contrastado con la comunidad.

Teodoro Suau Puig

Salamanca, 3 de setiembre de dos mil nueve